

Antonio Marimón

PUGLIESE, DE PIE

A Eduardo Cabral

Los violines se adelantan al centro
de la escena
Y su voz llega de lejos, con aire
de romanza
O de suave barcarola.
La orquesta toda cobra cuerpo.
El piano marca, guía y se oye en
los entrelíneas,
Como un fondo de sostenido afán.
La música es discreta, breve y se
deshace en los bandoneones,
Como un lirismo sin lector, que se
contrae o se susurra,
Como una locura que espera, que se
estira sin lenguaje,
Y aguarda hasta formar parte del
silencio,
Hasta impregnarse del silencio y, en
aquel teatro,
De nuestros corazones rotos,
Hasta sobrevivir un segundo antes
del absoluto blanco,
Que es el blanco de la muerte.
De entre los tiesos músicos, de
súbito, aparece el cantor
Y se mueve para decir su letra,
alto y errático
Como una sílaba. Y la memoria, los
climas contenidos
Son de viejas calles, regresos,
empedrados,
Noche,
El alba de las cárceles, la música
verbal de muchos,
Copas de turbio alcohol bodeleriano,
madres de cristal
Y cuerpos unidos como niebla.
Véase allí a los músicos, formales

como caricaturas,
Vestidos de traje azul.
Los dirige Pugliese.
Un hombrecito pintado con carmín,
ilusión,
Simulacro de la totalidad de la
orquesta
Que se abre en la irre realidad del
piano
Para que escape su arte,
Y entre las sillas dé la sensación
de que temblara
Una víbora de formas.
Cruda palidez de la tanguería.
Una línea todavía inhábil aureola
la escena.
Nada en la tiesura de esos hombres o
del pequeño anciano,
Móvil cual muñeco,
Nada en ese código de contorsiones
mínimas
Aparenta los viajes e innúmeros
destinos evocados.
Los músicos parecen una foto impresa
y agrisándose
Que enseña los quiebres, las arrugas,
el recatado óxido
Por el que escapan sus vísceras,
La sangre con las marcas del oficio.
Y si se movieran, si algo cortara
la armonía
Es probable que una masa indecible
de voces no tenga ya freno,
Y cayeran como una flor muerta.
Declive.
El lento periodo de un tango da lugar
a los aplausos,
Y Pugliese, de pie, inclina la cabeza.